

MEDIOS DE COMUNICACIÓN, DEMOCRACIA Y CULTURA POLÍTICA

*José E. Jorge y Ernesto M. Miró
Universidad Nacional de La Plata y
Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires
(Argentina)*

A fines del siglo XX, completando un período de difusión mundial de magnitud sin precedente iniciado en los 70, la democracia alcanzó su apogeo histórico como la forma de gobierno predominante a escala global. En 1974, menos de un tercio de los países eran democracias; en 2001, la cifra rondaba entre el 50% y el 60%, dependiendo de los criterios de clasificación utilizados. América Latina había sido un actor temprano y protagónico de esta ola democratizadora, que surgió en el sur de Europa y acabó por extenderse a los cinco continentes. Con algunas notorias excepciones –entre las principales, China, la gran potencia emergente, que representa la quinta parte de la humanidad–, la idea democrática parecía acercarse a su culminación en el alba del nuevo milenio.

Transcurrida una década del siglo XXI, cuando no pocas de las nuevas democracias ya se aproximan a la adultez, el escenario presenta algunos nubarrones. Si bien sería excesivo hablar hoy de una “crisis” global de la democracia, no hay dudas acerca de su “malestar” (Pérez-Díaz, 2008). La ola democratizadora terminó dando origen a una multiplicidad de regímenes, muchos de los cuales no reúnen las características de una democracia consolidada. Se habla de democracias “disminuidas”, “delegativas” o puramente “electorales”, que si bien cumplen los requisitos mínimos de una democracia –la existencia de elecciones libres, limpias y competitivas–, carecen de algunos de los rasgos propios de las democracias consolidadas, en particular los equilibrios formales derivados de un sistema adecuado de frenos y contrapesos, así como la vigencia plena de derechos y garantías (Diamond and Plattner, 2009; Carothers, 2002; O'Donnell, 1992; Collier and Levitsky, 1997). Han surgido también formas híbridas, peculiares de la época. Los “autoritarismos competitivos” –Rusia es un ejemplo– son regímenes electorales, pues las máximas autoridades surgen de elecciones, pero no son democracias –ni siquiera “adjetivadas”–, dado que el grupo que detenta el poder utiliza diversas formas para perseguir a sus opositores y captar voluntades. Son, empero, “competitivos”, pues en ellos la oposición es significativa y las elecciones no están groseramente manipuladas, a diferencia de lo que ocurre en los “autoritarismos electorales hegemónicos” –Kazajistán, Egipto antes de la revolución de enero de 2011–, donde las elecciones son un formalismo destinado a encubrir una autocracia (Levitsky and Way, 2002; Diamond, 2002).

Ya en 1999, con el golpe de Estado en Pakistán, comenzaba lo que muchos politólogos han calificado como una acotada pero significativa “recesión” de la democracia en el mundo, que alcanzó también a Rusia, Nigeria y Tailandia, entre otros países (Diamond, 2008 y 2002). Las turbulencias políticas que tienen lugar en el norte de África y el Medio Oriente desde fines de

2010 podrían marcar un nuevo punto de inflexión, en caso de conducir a una mayor apertura en naciones tradicionalmente autocráticas.

En definitiva, la difusión de las instituciones democráticas en el último cuarto del siglo XX no tiene una interpretación simple. Muchas de las democracias jóvenes son defectuosas; otros países han experimentado una apertura política, pero sus regímenes no pueden calificarse de democráticos. Al mismo tiempo, el autoritarismo puro ha declinado y se encuentra a la defensiva, jaqueado por la creciente legitimidad global que la idea democrática ha ganado entre las elites, los grupos más activos de la sociedad civil y la población general (Jorge, 2010a).

Las democracias tardías, en su mayoría países en vías de desarrollo, han enfrentado el desafío de responder a las altas expectativas que su instauración generó en pueblos con necesidades ampliamente postergadas. Como esas respuestas tardan en llegar –pues la democracia no ofrece soluciones inmediatas, sino la posibilidad de un aprendizaje colectivo que contribuya a lograrlas–, cierto grado de desencanto era inevitable. En América Latina, como en otras regiones, esto se ha traducido en una pérdida de credibilidad en instituciones centrales del sistema –en especial el parlamento y los partidos políticos–, mientras el poder ejecutivo de turno suele convertirse, aunque sólo temporalmente, en el depositario casi exclusivo de la confianza de la población. Entre los latinoamericanos este fenómeno no ha afectado, sin embargo, la legitimidad de la democracia misma. En 2009, según el estudio Latinobarómetro, el 59% de los ciudadanos de la región –y el 64% de los argentinos– consideraron que la democracia “es preferible a cualquier otra forma de gobierno”. Para el conjunto de América Latina, este indicador de apoyo a la democracia alcanzó un pico de 63% en 1997 y un piso de 48% en 2001. En la Argentina, ha oscilado entre un máximo de 76% en 1995 y un mínimo de 58% en 2001. De acuerdo con la misma encuesta, la mayoría de los latinoamericanos tampoco cree que la democracia pueda existir sin congreso ni partidos, a pesar de la poca fe que tiene hoy en éstos. Más allá de las tensiones a las que se halla sometida, la democracia se ha convertido en un valor arraigado en los pueblos de nuestra región.

El malestar está lejos de ser un fenómeno exclusivo de las democracias recientes: afecta también a las maduras. La baja confianza en las instituciones, la decadencia de los partidos políticos, la crisis de representación, el llamado “cinismo político” y sus correlatos de desafección política y baja concurrencia a las urnas, la pérdida del sentido de ciudadanía y el aumento de la desigualdad social son cuestiones largamente debatidas en los países industrializados, donde sus primeras manifestaciones se remontan a los años sesenta (Inglehart, 1997 y 1990; Putnam, 2000; Crozier *et al.*, 1975).

Aunque la crisis de confianza es común a las democracias jóvenes y maduras, la aparente similitud esconde diferencias profundas. En las primeras, la desconfianza se nutre principalmente de la precaria respuesta a demandas materiales básicas, y viene a agravar la debilidad de una estructura institucional ya de por sí defectuosa. En las segundas, parece consistir en un cambio estructural de largo plazo, que se ha desenvuelto durante décadas en sociedades prósperas, que ingresaron hace tiempo en la fase postindustrial. Los nuevos

generaciones de estas sociedades, dando por sentada la satisfacción de sus necesidades materiales, otorgan prioridad a demandas de orden superior –vinculadas con las libertades individuales y la calidad de vida– que las instituciones políticas consolidadas durante la era industrial, habituadas a administrar fundamentalmente el crecimiento económico y las relaciones entre trabajadores y empresas, encuentran dificultad para abordar.

El nuevo escenario de los medios

Los medios se suelen considerar uno de los principales responsables de las actitudes negativas de los ciudadanos hacia el sistema político. Los párrafos previos sugieren, empero, que la desconfianza política tiene un conjunto complejo de causas. Dentro de ese entramado, el papel de los medios es un campo sumamente controvertido.

Nuestro enfoque sobre la democracia y el rol de los medios incorpora al análisis la noción de cultura política (Jorge, 2010a; Inglehart, 1997 y 1988; Eckstein, 1988; Almond and Verba, 1963; Formisano, 2001; Morán, 1999). La cultura política comprende las “ideas, valores y hábitos de individuos y grupos, referidos al proceso político, sus actores e instituciones” (Jorge, *op. cit.*, p. 19). Mientras la mayoría de los estudios sobre transición democrática asume que el rumbo de las democracias está guiado casi exclusivamente por la acción de las elites, para la perspectiva de la cultura política las actitudes de los ciudadanos comunes tienen una influencia tanto o más decisiva (Welzel and Inglehart, 2008; Putnam, 1993). Una cultura política democrática es esencial para la estabilidad, profundidad y efectividad del sistema. Esto supone la generalización de valores de autonomía individual, tolerancia, interés por los asuntos públicos, confianza entre las personas, activismo cívico y político, entre otros (Jorge, *op. cit.*).

Aunque la democracia se apoya en la comunicación y la participación directas que suponen las asociaciones civiles y otras formas de acción y cooperación social, necesita también, en la sociedad moderna, de la comunicación a través de los medios. ¿Qué papel cumplen éstos en la conformación de la cultura política?

La visión tradicional asigna a los medios un conjunto de tareas: el escrutinio del ambiente sociopolítico; la formación de agenda; la difusión y puesta en diálogo de múltiples puntos de vista, causas e intereses; el control de los funcionarios, los incentivos para que los ciudadanos aprendan, decidan y participen (Gurevitch and Blumler, 1990; Norris, 2009). Son conocidas las limitaciones que encuentra este modelo ideal en la realidad, que surgen de aspectos como la propiedad y el control de los medios, la dinámica del mercado, la presiones del sistema político y de los factores de poder, la particular interacción entre políticos y periodistas, las normas y hábitos de la profesión periodística y las características de la audiencia, que suele prestar una atención tangencial a los temas políticos.

Estas cuestiones, arduamente debatidas, se han vuelto aún más agudas con los cambios tecnológicos y económicos de las dos últimas décadas: la globalización de la comunicación, la desregulación de los sistemas de comunicación nacionales, la concentración de la propiedad de los medios, la multiplicación de los canales tecnológicos y de las opciones de consumo cultural, la microsegmentación de los contenidos –con la consiguiente fragmentación de las

audiencias e intensificación de la competencia para ganar su atención— y, más recientemente, la expansión de internet, plataforma de una diversidad de medios interactivos en constante evolución, que crean un público capaz de dialogar y producir sus propios mensajes. Se trata de un escenario muy diferente al de las democracias de posguerra, que se distinguían por una audiencia mucho más homogénea, alcanzada por un pequeño número de emisoras de televisión abierta y radio, y por unos pocos diarios impresos de gran influencia y circulación.

Aunque hoy los diarios tradicionales conservan mucho de su influjo, la constante declinación de sus tiradas —producto en parte de una migración de sus lectores hacia la web—, la sangría de la publicidad y avisos clasificados en sus ediciones impresas, y las dificultades que siguen encontrando para obtener ingresos equivalentes en sus versiones *on-line*, los ha dejado en una situación económica compleja, que lleva en muchos casos a recortar el número de páginas y la planta de periodistas. La televisión por cable y los canales que brindan información las 24 horas, así como la permanente actualización de los sitios informativos en la web, han comprimido al mínimo el ciclo de las noticias, esto es, el período comprendido entre la sucesiva emisión o publicación de una noticia y de las reacciones que ésta provoca, que antaño se extendía al día a día de los periódicos (Pew Project, 2010).

Para muchos, el nuevo escenario conduce a que los medios prioricen en su cobertura política la información instantánea, el conflicto y el espectáculo, por sobre la profundidad y el debate racional. La opinión predominante entre los analistas —aunque no se apoye, habitualmente, en datos empíricos— es que esta cobertura superficial, confrontativa y fragmentaria, tiene un efecto significativo en la generalización del cinismo político y la caída de la confianza en las instituciones.

Douglas Kellner, un académico en la tradición de la Escuela de Frankfurt, afirma que con las redes de televisión por cable, debates radiales, sitios de internet y blogs, y la continua proliferación de nuevos medios como Facebook, MySpace y YouTube, la competencia por la atención es más intensa que nunca, lo que lleva a los medios corporativos a presentar noticias sensacionalistas que construyen bajo la forma de espectáculo, en un intento por atraer el máximo de audiencia durante el mayor tiempo posible, hasta que emerja el espectáculo siguiente (Kellner, 2008). Los espectáculos surgen de eventos que “salen de la rutina diaria, ordinaria o habitual”. Son ejemplos la muerte de la Princesa Diana, el ataque a las Torres Gemelas y los frecuentes escándalos sexuales que envuelven a las personalidades políticas. El mismo autor sostiene que la enorme concentración de poder, en manos de los grupos empresarios que controlan los conglomerados de medios, “ha intensificado el control corporativo de noticias e información vitales y derrotado a los medios críticos, necesarios para una democracia vigorosa” (Kellner, 2004). Por esta misma razón, los medios promueven esencialmente la agenda de las grandes empresas. Además, las fusiones de compañías que producen información con otras dedicadas al entretenimiento están desdibujando la distinción entre ambos dominios: vamos hacia una sociedad del “infoentretenimiento”.

Debido al sesgo ideológico de los medios, dice Kellner, la democracia está en crisis. La solución que propone es abogar por una reforma de los medios y desarrollar canales

alternativos. Es necesario impulsar una mayor regulación, revitalizar la televisión pública, cultivar la radio pública y comunitaria, expandir el periodismo de investigación y de servicio público y avanzar en la utilización democrática de Internet. El análisis de Kellner tiene como ideal normativo el modelo de “esfera pública” de Habermas, en términos de “un espacio en el que los individuos pueden discutir libremente temas de interés común y organizarse para implementar reformas y proyectos de cambio social”.

Desde una perspectiva que abrevia en la experiencia del sistema de comunicación británico, de propiedad mixta, Steven Barnett observa que el debate sobre la concentración de la propiedad de los medios destaca normalmente la necesidad de promover la diversidad y prevenir el control autocrático de los espacios comunicativos. Las fusiones y adquisiciones, señala Barnett, han sido la respuesta a cambios estructurales en el mercado, a fin de asegurar la viabilidad económica de los medios. La tendencia se ha acentuado con la crisis económica, que amenaza hoy la existencia misma de numerosas empresas periodísticas. El autor propone, por consiguiente, desplazar el foco de la discusión, poniendo menos énfasis en la cuestión de la propiedad y más en una regulación de los contenidos que promueva la pluralidad de ideas y el interés público, a pesar de una menor diversidad estructural (Barnett, 2010).

¿Cuál es la visión de los mismos periodistas? El crítico de medios Ken Auletta subrayaba en una columna reciente: “A medida que se multiplican los canales de comunicación y es más fácil difundir información en la web y el cable, el ciclo de noticias se vuelve más breve, hasta el punto de que ya no hay pausa, sólo la constancia de la web y el argumento interminable del cable. Esto genera la presión de entretener o perecer, lo que alimenta el sesgo dominante de la prensa: ni pro-liberal ni pro-conservador, sino pro-conflicto” (Auletta, 2010, p. 38). Otra consecuencia, indica el mismo analista, es que las condiciones de trabajo del periodista han cambiado. Años atrás, disponía de unas horas para hacer llamadas, buscar información y proveer contexto para su artículo del día siguiente. Hoy, cuando se acerca la hora de cierre, ya ha escrito una o más veces para la web, hablado por radio, salido en televisión y, tal vez, hecho una entrada de blog. El requerimiento de brindar información de manera incesante hace que el periodista, en lugar de discutir una afirmación con el entrevistado o indagar el contexto para situarla, se limite a conseguir dos citas opuestas y presentar la información bajo la forma “A dijo / B dijo”. Ya no hay tiempo para profundizar: todo el mundo se ha convertido en reportero de agencia.

Los cambios tecnológicos y económicos han puesto en cuestión tanto la viabilidad como los estándares de calidad de la actividad periodística, al menos bajo la forma en que la hemos conocido hasta ahora. Un extenso informe del veterano periodista James Fallows refleja esta situación desde el título: “Cómo salvar las noticias” (Fallows, 2010). Lo sugestivo del artículo – sin duda representativo del cambio de época– es la organización que se propone llevar a cabo esa tarea: Google. El popular buscador ha ganado el derecho de tener la palabra debido al inmenso tráfico que genera su sección Google News. En lugar de hojear los diarios impresos o recorrer una por una sus ediciones *on-line* para informarse sobre los temas que les interesan, los lectores no hacen más que introducir las palabras adecuadas en el motor de búsqueda de

noticias, y éste devuelve en segundos desde cientos hasta miles de resultados específicos, procedentes de un amplio abanico de diarios y otras fuentes. De aquí se desprende un argumento central en la visión que tienen los expertos de Google sobre las dificultades que aquejan al periodismo. El diario tradicional consiste en un “paquete” de secciones diversas: noticias, deportes, espectáculos, historietas, clasificados y demás. Los lectores que compran el periódico interesados en algunas de sus secciones subsidian implícitamente las restantes. Sin embargo, los ingresos de los diarios siempre han provenido de la publicidad en unas pocas secciones especializadas –automotores, inmobiliarias, etc.–, que han subsidiado así las demás partes del periódico y en especial las noticias. Lo que ha hecho la web –por ejemplo, Google y los sitios de avisos clasificados– es empezar a desatar el paquete y eliminar los subsidios cruzados. De acuerdo con este argumento, el problema de los diarios es cómo hacer que las noticias generen ingresos por sí mismas, suficientes para solventar un periodismo de calidad. La respuesta es que deberán crear nuevos modelos de obtención de ingresos con sus ediciones *on-line*, pues las versiones impresas, agobiadas por los costos de impresión y distribución, sólo dejan disponible entre un 15% y un 35% de los ingresos para gastar en lo más importante: el personal periodístico.

Los estudios del Pew Research Center notan asimismo que los lectores online “no buscan organizaciones periodísticas para cubrir su agenda completa de temas. Salen a la caza de noticias por tópico y evento y a recorrer múltiples medios de difusión” (Pew Project, *op. cit.*). Los blogs de periodistas individuales gozan de creciente popularidad, pero también, al tiempo que las redacciones de los diarios se achican, está aumentando rápidamente el espectro de voces no periodísticas que ingresan al mundo de las noticias y la información. Además, a pesar de la multiplicidad de medios en internet, muchos de estos sitios están dedicados al comentario, la síntesis y la compilación de información procedente de otras fuentes. El contenido original en la web sigue siendo suministrado principalmente por los medios tradicionales, de modo que los recortes que éstos sufren afectan de todas formas la calidad de la información *on-line*.

Las estrategias de comunicación de los gobiernos y de los distintos grupos de la sociedad no han sido ajenas a estas profundas transformaciones. La fuerte competencia por el acceso a los medios impulsó, desde hace tiempo, lo que Gurevitch y Blumler llaman la “profesionalización de las fuentes”. Los mensajes son elaborados para adaptarse a los formatos, valores noticiosos y hábitos de trabajo del periodismo. Esto requiere un planeamiento estratégico y la asistencia de consultores, relacionistas públicos, asesores de campaña y demás. En cuanto a los políticos, “empiezan a pensar, hablar y actuar como los periodistas”, los que corren el riesgo de convertirse en meros canales de propaganda (Gurevitch y Blumler, *op. cit.*, p. 31). En el mismo sentido, Bennet y Manheim alegan que todas las organizaciones que participan del espacio político han aprendido a “suministrar información que no está diseñada para promover un compromiso informado y deliberativo de los ciudadanos”, sino para “movilizar y desmovilizar segmentos del público según estrechos objetivos estratégicos, a menudo encubriendo la identidad o la intención de los comunicadores” (Bennet y Manheim, 2001, pp. 280-281).

La situación actual proporciona a los gobiernos ventajas y desventajas. Por un lado, el vertiginoso ciclo de noticias termina por devorar la mayor parte de los intentos de planificar la agenda de comunicación. Por otro, las dificultades que atraviesa el periodismo tradicional, sumadas a la proliferación de nuevos medios, crean oportunidades para materializar el sueño de todos los gobiernos: eludir el filtro de la prensa y comunicarse directamente con los ciudadanos, ahora haciendo uso de sitios web, blogs, videos de YouTube, páginas de Facebook y Twitter y herramientas similares, en muchos casos producidas por partidarios y simpatizantes (Martin, 2010).

Teorías y hallazgos empíricos

Las interpretaciones que atribuyen a los medios efectos nocivos sobre las orientaciones políticas de los ciudadanos suelen clasificarse como “teorías del malestar mediático”. Otra corriente postula la hipótesis contraria: la “teoría de la movilización cognitiva”. Adoptando una perspectiva de largo plazo, ésta sostiene que el desarrollo de los medios masivos generalizó el acceso a la información política, en el pasado reservada a las elites, de modo que el público de nuestra época posee una capacidad de pensamiento y acción política muy superiores a las del ciudadano de épocas pretéritas (Norris, 2000; Newton, 1999; Inglehart, 1990).

De estas teorías surgen hipótesis que pueden ser contrastadas empíricamente. Los efectos se atribuyen al contenido o la forma de los medios. En las hipótesis del malestar, el contenido se refiere a las “malas noticias” sobre las instituciones y los políticos, al acento puesto en el conflicto político, a la cobertura obsesiva de “casos sensacionalistas”. El entretenimiento se ha convertido en el valor central de la televisión general. Los asuntos políticos quedan relegados a un espacio marginal y son presentados bajo el formato del espectáculo, de manera superficial, breve y sensacionalista. En los diarios, las normas tradicionales de la prensa escrita ceden frente al periodismo amarillo: las primeras planas dedican más titulares al delito y los escándalos políticos. En cuanto al efecto de la forma de los medios, algunos analistas sostienen que, por sus mismas características, la televisión no es un medio eficaz para el examen detenido y reflexivo de los temas, en tanto que internet, debido a su naturaleza interactiva, es capaz de fomentar el diálogo y la participación (Jorge, *op. cit.*, pp. 118-127).

Se señalan una serie de causas para explicar las nuevas tendencias: factores económicos –intensificación de la competencia entre los medios–, tecnológicos –difusión de la televisión por cable y de internet–, de cultura periodística –más confrontativa con el sistema político– y de práctica política –*marketing* electoral–. Se atribuye a los medios una variedad de efectos actitudinales: opiniones negativas respecto a las instituciones y dirigentes, desinterés por los temas políticos, cinismo, menor participación, pérdida de compromiso cívico, menor sentimiento de eficacia política personal. En el caso de la televisión, una hipótesis es que su influjo negativo sería mayor en los espectadores que no tienen interés por la información política, a la que se ven expuestos por tener el aparato encendido. A diferencia de las personas interesadas, estos televidentes carecen de los conocimientos previos y de espacios de discusión con amigos que los ayuden a entender e interpretar la información recibida.

Algunos piensan que internet reforzará el cinismo político, pues la velocidad de la comunicación electrónica y la ausencia de mediadores que ejerzan la función de monitorear la exactitud de la información podrían crear una situación en la que los hechos sean reemplazados por los rumores. Sin embargo, las normas profesionales de los periodistas – típicos mediadores en el flujo de la información– pueden tener efectos distorsivos, que los medios alternativos surgidos en internet ayudan a compensar. Gurevitch y Blumler remarcan que “el valor central concedido a los valores de la objetividad y la imparcialidad puede dar apoyo implícito a las instituciones y grupos más poderosos de la sociedad”. Así, “la neutralidad de los medios puede tender a privilegiar las posiciones dominantes y comúnmente aceptadas” (*op. cit.*, p. 33).

Otros afirman que las técnicas del *marketing* político y de los mensajes hechos “a medida” de determinados segmentos del público ha minado la credibilidad de los actores políticos. La omnipresencia de la televisión, que hace posible una relación directa entre el público y los dirigentes, confluye con las técnicas del *marketing* para dar lugar a la “personalización” de la política y la “democracia de candidatos”. El atractivo personal y la administración de la imagen desplazan cuestiones más sustanciales, como el debate de los temas y la capacidad de los candidatos para gobernar.

El politólogo Robert D. Putnam sostiene que los lectores regulares de diarios muestran más conocimiento y compromiso sobre los asuntos públicos, pertenecen a más asociaciones civiles, asisten con más frecuencia a reuniones locales y votan con más regularidad. El hábito de mirar las noticias por televisión también está asociado positivamente con el compromiso cívico: la relación no es tan intensa como en los lectores de diarios, pero los espectadores de los noticieros son más cívicos que el resto de la población (Putnam, 2000 y 1993).

El enfoque de la movilización cognitiva destaca el papel de los medios al poner a disposición de la población general volúmenes crecientes de información política. El desarrollo postindustrial trae consigo una expansión de la educación superior y la transformación del mundo del trabajo, debido al peso creciente del sector terciario de la economía. Los empleos del sector servicios y de alta tecnología requieren el pensamiento independiente, la toma de decisiones y habilidades de organización y comunicación. Este tipo de experiencia laboral, combinada con los altos niveles de instrucción y con la información suministrada por los medios, genera un proceso de movilización cognitiva. Los ciudadanos de la sociedad postindustrial se encuentran mucho mejor preparados para la acción política autónoma que los de la era industrial, consagrados a realizar tareas repetitivas en la cadena de montaje dentro de una gran organización jerárquica. Si la población de la época de las chimeneas era movilizada desde arriba por los partidos de masas, las nuevas generaciones posmodernas, con sus valores de autoexpresión, sus capacidades cognoscitivas, sus recursos materiales y sus conexiones sociales, se destacan por la participación autodirigida, que en muchos casos plantea abiertos desafíos a las elites. En los países con regímenes autoritarios, este proceso aumenta las presiones hacia la democratización; en aquellos que ya cuentan con instituciones

democráticas, conduce a una profundización de la democracia existente (Inglehart, 1997 y 1990).

De acuerdo con esta teoría, los signos de cinismo, apatía, desconfianza y caída de la participación política son sólo una parte de la historia. Mientras disminuye la participación política convencional –la movilizadora por las maquinarias políticas, incluyendo el voto, que es una forma limitada de participación–, aumentan las formas no convencionales y autodirigidas de activismo y organización política. Los movimientos sociales son un resultado de este proceso. Las nuevas formas de participación se dirigen a temas específicos –derechos de la mujer, protección del medio ambiente, etc.– y se apoyan en grupos ad hoc más que en organizaciones burocráticas establecidas.

Utilizando datos de encuesta en Gran Bretaña, Newton relacionó variables de exposición a los medios con medidas de interés, comprensión y conocimiento políticos, eficacia personal subjetiva (la percepción de la propia capacidad de influencia política), confianza, cinismo político y evaluación del funcionamiento de la democracia en el país (Newton, 1999). Los resultados apoyan la tesis de la movilización, aunque también arrojan una débil evidencia a favor de la teoría del malestar. La lectura regular de un diario sábana –por oposición a la prensa amarilla– estaba asociada con altos niveles de interés, conocimiento y comprensión políticos, y con un grado menor de malestar: estos lectores confiaban más y eran menos cínicos que el resto de la población. Mirar las noticias por televisión con frecuencia tenía un efecto similar, pero más débil. La mitad de los televidentes seguía las noticias políticas todos los días, pero la mayoría lo hacía en forma accidental, no porque tuviera un interés previo en la política. Según Newton, los mayores niveles de movilización cognitiva de este grupo parecían un efecto de la televisión en sí, contra el argumento de que este medio no es capaz de informar y educar. Al mismo tiempo, mirar mucha televisión general exhibía una relación, aunque débil, con algunos indicadores de malestar político, específicamente con un menor interés, conocimiento, comprensión y eficacia subjetiva, y con un poco más de cinismo político.

Norris examinó una batería de encuestas en Europa y Estados Unidos. Seguir las noticias en los medios –en la televisión, los periódicos e internet– y prestar atención a las campañas políticas, estaba asociado positivamente con el conocimiento político, la confianza en las instituciones y la participación, no con el malestar (Norris, 2000). Su interpretación causal es que en el largo plazo existe un “círculo virtuoso”, en el que las noticias de los medios y las campañas sirven para “activar a los activos”. Las personas más interesadas y que poseen mayores conocimientos políticos prestan más atención a las noticias políticas; y al aprender más, tienen menos barreras para un aumento ulterior del compromiso. En cambio, los medios noticiosos tendrían menos poder para reforzar la desmovilización de quienes ya carecen de compromiso. Según Norris, si los miembros de este grupo quedan expuestos accidentalmente a las noticias políticas, es probable que cambien de canal o de página web, dejen de mirar, presten poca atención o desconfíen de la fuente.

El impacto de los medios en las nuevas democracias

Tanto en la Argentina como en el resto de América Latina, la transformación de los medios no se aparta de las tendencias ya expuestas, aunque la difusión de las nuevas tecnologías está limitada por los menores niveles de desarrollo.

En las democracias jóvenes, el impacto político de los medios plantea interrogantes específicos. Por empezar, ese impacto podría ser de mayor relevancia que en las democracias maduras, en un contexto donde los viejos valores autoritarios han perdido su validez y otros agentes de socialización política –partidos, asociaciones civiles, etc. – son mucho más débiles. La hipótesis del malestar adquiere un nuevo giro, pues el “negativismo” de los medios podría constituir un obstáculo para la consolidación democrática –aun si estuvieran cumpliendo así con su papel de monitorear la acción del gobierno–, especialmente en sociedades con poca o ninguna experiencia previa con el juego democrático. Para la tesis de la movilización, por el contrario, los medios contribuirían a crear una cultura política congruente con el sistema democrático, al aumentar las capacidades políticas del ciudadano común (Schmitt-Beck and Voltmer, 2007). Los efectos pueden depender asimismo de variables macro, como las características de la transición democrática de cada país, la estructura institucional de medios y la función que éstos cumplieron durante el régimen autocrático. En Europa del Este, la prensa gráfica conserva en el tratamiento de las noticias reflejos de su pasado rol adoctrinador, mientras los medios audiovisuales siguen siendo muy vulnerables a la influencia del gobierno. En América Latina, las dictaduras militares, que trataban de despolitizar a la población, sometieron a los medios a una férrea censura y promovieron el entretenimiento y la trivialidad. A la postre, esto resultó un lastre menos pesado para el pluralismo de los medios, pero ha dejado un legado de excesiva comercialización, “extranjerización” de los contenidos e interferencia gubernamental.

Basándose en un estudio por encuesta en seis democracias tardías del Sur y el Este de Europa y de América Latina (Chile y Uruguay), Schmitt-Beck y Voltmer concluyen que los medios tienen un impacto sustancial sobre las actitudes políticas de los ciudadanos, en un sentido que apoya la hipótesis de la movilización: la exposición a los medios estimularía especialmente el interés y el conocimiento políticos y, en un grado menor, la participación electoral (*op. cit.*, pp. 118-124).

La relación del público con los medios y el sistema político parece tener una dinámica diferente en las democracias tardías y en las maduras. Utilizando las bases de datos de las sucesivas ondas de la Encuesta Mundial de Valores, Jorge (2010a, pp. 194-202) seleccionó un grupo de 36 democracias, integrado por 17 países industrializados y 19 en vías de desarrollo, y efectuó procesamientos sobre los datos referidos a la confianza del público en la prensa y el parlamento. En promedio, en el grupo de democracias desarrolladas –todas de larga duración, con la única excepción de España–, el 40% de los ciudadanos entrevistados afirma tener “mucha” o “bastante” confianza en el parlamento, mientras que sólo el 33% lo hace en la prensa. Por el contrario, en las democracias en desarrollo la relación se invierte: apenas confía

en el parlamento el 27% de los encuestados, en tanto que la credibilidad de la prensa asciende al 43%.

En las naciones industrializadas, la declinación de la confianza en las instituciones políticas ha sido un proceso gradual, producto del cambio de demandas y valores que han impuesto las nuevas generaciones socializadas en un entorno de prosperidad. En las jóvenes democracias de los países en desarrollo, la erosión ha sido generalmente brusca y más pronunciada, debido a que el sistema político no ha sido capaz de responder, en un contexto de carencias, a las elevadas expectativas creadas por la democratización. Los datos sugieren que, en estas nuevas democracias, la prensa cumple la tarea de expresar los reclamos de la gente con más éxito que el alcanzado por el sistema político en su más difícil función de agregar, canalizar y satisfacer esas demandas. Las instituciones más afectadas por esta situación son el parlamento y los partidos, que tienen precisamente el papel de representar las preferencias de los ciudadanos y traducirlas en programas de gobierno e iniciativas legislativas. La confianza en el gobierno –asociada, en las democracias latinoamericanas, a la figura presidencial– sigue una pauta diferente, con oscilaciones al alza y a la baja que dependen del ciclo de popularidad de los mandatarios. Esta es precisamente la pauta que sigue el caso argentino. En un marco de baja confianza en gran parte de las instituciones que integran el sistema político, sólo la prensa y el poder ejecutivo se han mostrado capaces de recuperar credibilidad. Pero mientras los medios parecen hacerlo de un modo consistente, la fe pública en los sucesivos gobiernos – siendo la única que llega a alcanzar picos elevados– está sujeta a fuertes fluctuaciones.

A partir de un estudio por encuesta realizado en 2008 en el Gran La Plata en el marco del Programa de Investigación y Desarrollo de la UNLP, así como de la base de la Encuesta Mundial de Valores para la Argentina del año 2006, Jorge (2010b y 2008) elaboró modelos de regresión a fin de evaluar el efecto de diversas medidas de uso de medios de comunicación sobre el interés por la política, el activismo político no convencional y varios indicadores de desconfianza y cinismo políticos. Entre los principales resultados, surgió que leer libros y diarios, así como informarse a través de una variedad de medios, está asociado en todos los casos con un mayor interés por la política, lo que respalda la tesis de la movilización. El interés también aumenta con el tiempo de exposición a la televisión. El activismo político –petitorios, manifestaciones– se vincula especialmente con la lectura de libros, en tanto la televisión parece tener un impacto desmovilizador, resultado que tiende a abonar la teoría del videomalestar. Para muchas personas, el acto de seguir por televisión las informaciones, las discusiones y los sucesos políticos, es vivido como una experiencia de participación política en sí misma. Este tipo de participación virtual tendería a sustituir en estos ciudadanos a otras formas de participación “real”.

Aunque los estudios que hemos examinado en este artículo proporcionan más sustento a las hipótesis de la movilización que a las del malestar, el terreno por recorrer es vasto y el debate sigue abierto. El impacto político de internet permanece ampliamente inexplorado, pues el grupo de usuarios sólo ahora empieza a adquirir masa crítica. Desde nuestra visión, es

necesario realizar más investigaciones empíricas, a fin de precisar, refinar y contrastar las hipótesis, en un campo tradicionalmente centrado en los ensayos y análisis teóricos.

Bibliografía

ALMOND, Gabriel, and Sidney Verba: *The Civic Culture. Political attitudes and democracy in five nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963.

ALMOND, Gabriel, and Sidney Verba: *The Civic Culture Revisited*, Sage Publications, 1989.

AULETTA, Ken: "Non-Stop News", *The New Yorker*, January 25, 2010; pp. 38-47.

BARNETT, Steven: "What's wrong with media monopolies? A lesson from history and a new approach to media ownership policy", *MEDIA@LSE Electronic Working Papers*, N° 18, London School of Economics and Political Science, 2010; <http://www2.lse.ac.uk> (consultado el 10/5/2010).

CAROTHERS, Thomas: "The End of the Transition Paradigm", *Journal of Democracy*, Vol. 13, N° 1, 2002; pp. 5-21.

COLLIER, David, and Levitsky, Steven: "Democracy with adjectives: conceptual innovation in comparative research", *World Politics*, Vol. 49, N°3, 1997; pp. 430-451.

CROZIER, Michel J., Huntington, Samuel P. and Watanuki, Joji: *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, University Press, New York, 1975.

DIAMOND, Larry, and Marc F. Plattner: *Democracy: A Reader*, The Johns Hopkins University Press, 2009.

DIAMOND, Larry: *The Spirit of Democracy*, St. Martin's Griffin, 2009.

DIAMOND, Larry: "Elections Without Democracy. Thinking about hybrid regimes", *Journal of Democracy*, Vol. 13, N°2, 2002; pp. 21-35.

ECKSTEIN, Harry: "A Culturalist Theory of Political Change", *The American Political Science Review*, Vol. 82, N° 3, 1988; pp. 789-804.

FALLOWS, James: "How to Save the News", *The Atlantic*, June 2010; <http://www.theatlantic.com/magazine>.

FORMISANO, Ronald P.: "The Concept of Political Culture", *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 31, No. 3, 1991; pp. 393-426.

GUREVITCH, Michael and Blumler, Jay G.: "Political Communication Systems and Democratic Values", in Judith Lichtenberg, (ed.) *Democracy and the Mass Media*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; pp. 269-287.

INGLEHART, Ronald: "How Solid Is Mass Support for Democracy: And How Can We Measure It?", *Political Science and Politics*, Vol. 36, No. 1, 2003; pp. 51-57.

INGLEHART, Ronald: *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic, and Political Change in Forty-Three Societies*, Princeton University Press, Princeton, 1997.

INGLEHART, Ronald: *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press, Princeton, 1990.

INGLEHART, Ronald: "The Renaissance of Political Culture", *The American Political Science Review*, Vol. 82, No. 4, 1988; pp. 1203-1230.

INGLEHART, Ronald and Welzel, Christian: "Political Culture and Democracy: Analyzing Crosslevel Linkages", *Comparative Politics*, Vol. 36, N° 1, 2003; pp. 61-79.

INGLEHART, Ronald, and Christian Welzel: *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*, Cambridge University Press, 2005.

INGLEHART, Ronald: *Human Values and Social Change: Findings from the Values Surveys*, Brill Academic Publishers, 2003.

JORGE, José Eduardo: *Cultura Política y Democracia en la Argentina*, Edulp, La Plata, 2010a.

JORGE, José Eduardo: "Impacto de los medios de comunicación sobre el interés y el activismo político de los argentinos. Un análisis a partir de encuestas nacionales y regionales", *Revista Question* N° 27, 2010b.

JORGE, José Eduardo: "Comunicación y Cultura Política en el Gran La Plata", *Anuario de Investigaciones 2006*, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, La Plata, 2009; pp. 158-163.

JORGE, José Eduardo: "Actitudes hacia la política y la democracia, capital social y uso de medios en la Región del Gran La Plata. Los resultados de la Encuesta Comunicación y Cultura Política 2008", *Revista Question*, N°20, 2008.

KELLNER, Douglas: "Media Spectacle and the 2008 Presidential Election: Some Pre-election Reflections", *Mediascape*, University of California, Los Angeles, Fall 2008; http://www.tft.ucla.edu/mediascape/Fall08_Kellner.html

KELLNER, Douglas: "The media and the crisis of democracy in the age of Bush-2", *Communication and Critical/Cultural Studies*, Vol. 1, N° 1, 2004; pp. 29-58.

LEVITSKY, Steven, and Way, Lucien: "The Rise of Competitive Authoritarianism", *Journal of Democracy*, Vol. 13, N°2, 2002; pp. 51-65.

MARTIN, Jonathan: "Obama seeks filter-free news", *Politico*, March 24, 2009; <http://www.politico.com> (consultado el 10/05/2010).

MORÁN, María Luz: "Los estudios de cultura política en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 85, 1999; pp. 97-129.

NEWTON, Kenneth: "Mass Media Effects: Mobilization or Media Malaise?", *British Journal of Political Science*, 29, 1999; pp. 577-599.

NORRIS, Pippa (ed.): *Public Sentinel: News Media & Governance Reform*, The World Bank, Washington DC, 2009.

NORRIS, Pippa: *A Virtuous Circle: Political Communications in Post Industrial Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

O'DONNELL, Guillermo: "¿Democracia Delegativa?", *Cuadernos del CLAEH*, Año 17, N° 61, Montevideo, 1992; pp. 9-19.

PÉREZ-DÍAZ, Víctor: *El malestar en la democracia*, Crítica, Barcelona, 2008.

Pew Project for Excellence in Journalism: *State of the News Media 2010*, <http://www.stateofthemedias.org/2010/> (consultado el 18/05/2010).

PUTNAM, Robert D. *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Simon & Schuster, New York, 2000.

PUTNAM, Robert D.: *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton University Press, Princeton, 1993.

PUTNAM, Robert D. (ed.): *Democracies in Flux: The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*, Oxford University Press, 2004.

RICARDSON, Bradley and Beck, Paul Allen: "The flow of political information: personal discussants, the media, and partisans", in Gunther, Richard; Montero, José Ramón and Puhle, Hans-Jürgen: *Democracy, Intermediation, and Voting on Four Continents*, Oxford University Press, 2007, pp. 183-207.

SPARKS, Glenn G.: *Media Effects Research: A Basic Overview*, Wadsworth Publishing, 2009.

SCHMITT-BECK, Rüdiger and Voltmer, Katrin: "The mass media in third-wave democracies: gravediggers or seedsmen of democratic consolidation?", in Gunther *et al.*, *op. cit.*, pp. 75-134.

WELZEL, Christian and Inglehart, Ronald: "The Role of Ordinary People in Democratization", *Journal of Democracy*, Vol. 19, N°1, 2008; pp. 126-140.